

DISCURSO

pronunciado por el distinguido consocio Dr. Humberto *Díaz* B., en la sesión solemne que celebró la Asociación Médica Hondureña el 20 de julio recién pasado, con motivo de celebrar el XVII aniversario de su fundación, y de la inauguración de la Casa del Médico

Honorable auditorio:

El señor Presidente de nuestra agrupación acaba de declarar inaugurada, con toda solemnidad, la Casa del Médico, obra en la cual ha venido empeñando sus **mejores** esfuerzos, desde hace varios años, la Asociación Médica Hondureña.

Inmerecidamente me toca a mí **dirigiros** la palabra, con motivo de *un* acontecimiento de tan altísimo relieve en la vida de esta sociedad que, a través de 17 años de existencia, se encuentra hoy remozada y vigorosa, sosteniendo con mano firme la bandera de la fe de la esperanza.

En presencia de, la solemnidad de un acto al cual asistimos hoy, me parece bajo todo punto de vista **imprescindible**, lanzar una mirada retrospectiva a las páginas en que está escrita la historia de la Asociación Médica Hondureña, agrupación que en una forma Silenciosa y modesta ha venido propugnando su ideología y defendiendo su propia vida, ya que, **afirmémolo** con sinceridad, nuestro medio no ofrece todavía un clima suficientemente **propicio**, para la existencia de entidades estructuradas en la índole de la nuestra.

Fue el año de 1829, tal día como hoy, sábado 20 de julio, que los estimados compañeros: José Ramón **Durón**, Salvador **Paredes**, Ramón Valladares, Romualdo B. Zepeda, Héctor Valenzuela, Ramón Reyes Ramírez, Manuel **Larios Córdova**, Carlos Pinel h., Alfredo Midence, José Manuel Dávila y Manuel Cáceres Vijil, reunidos en el Paraninfo de la **Universidad** Central a iniciativa del Dr. Camilo Figueroa, acordaron unánimemente organizar una sociedad que He varía por nombre: "Asociación Médica **Hondureña**"; quedando así solemnemente fundada.

Pocos meses después, es decir, el 10 de noviembre de ese mismo año, el Gobierno de la República aprobaba sus estatutos, obteniendo así la personería **jurídica** correspondiente.

Tanto por el sentido de su ley fundamental, como por el espíritu que animó a sus fundadores, la nueva agrupación debía propender no sólo al desarrollo de actividades de orden científico, sino que—y en muy buen grado—al cultivo de los más legítimos sentimientos de confraternidad, y a la observancia de los principios universales de ética profesional.

Sin embargo, es evidente **que** la "Asociación Médica Hondureña" experimentó, desde su advenimiento una vida azarosa. Así tenía que ser tratándose de una entidad portadora de tal divisa y que debía desarrollarse en un medio inhóspito. Y así se sucedieron

durante mucho tiempo, en desconcertante alternativa, más fracasos que éxitos, más tristezas que alegrías, y más decepciones que ansias satisfechas. Dentro del gran número de socios que ingresaron en un principio, excitados por los fundadores, hubo numerosas deserciones y no faltó en más de un caso, la actitud hostil.

Yo no podré dejar de recordar nunca, sin cierta emoción de angustia, a lo que podríamos llamar el "año terrible" de la Asociación Médica Hondureña, es decir, al período administrativo de 1945 a 1936. En esta época, nuevas circunstancias adversas se sumaron, llevándola a un estado de colapso tal, que su muerte pareció un hecho inminente. Varias sesiones dejaron de celebrarse por falta de quórum; económicamente pasaba sobre nosotros una fuerte deuda, y la falta de entusiasmo, y la incuria y la indiferencia, parecía que habían llegado a constituir una profesión de fe.

Empero, un pequeño grupo firme y decidido prosiguió luchando, luchó con denuedo y venció, logrando así la sociedad salir avante y muy decorosamente de tan dura prueba. La muerte no llegó al fin; ni los negros nubarrones de la política, ni las zarzas espinosas de la incomprensión, del egoísmo y de la ingratitud pudieron cumplir sus designios, y un nuevo y claro horizonte se abrió ante el camino de esta asociación.

Y es que no era justo que muriera una sociedad que, en un rasgo de altruismo y valor minutados hasta hoy, entre nosotros, se echara sobre sus espaldas el funcionamiento del Hospital San Felipe, durante ocho meses, en el año de 1932. Que acudiera presurosa en auxilio del hermano pueblo de Nicaragua, cuando un espantoso terremoto redujo a escombros su ciudad capital en el año de 1931. Que cooperó eficientemente en pro de los damnificados de la antigua Ocotepeque, cuando el río Marchala, al desbordarse, produjo una tremenda catástrofe hace doce años.—Que ha velado por los fueros de la deontología médica. Que ha contribuido a la cultura del país, manteniendo la publicación de una revista científica por tantos años, de una manera interrumpida y sin la ayuda del Estado. Que organizó y llevó a feliz término el primer Congreso Médico celebrado en nuestro país; recuérdense las interesantes Jornadas Médicas de 1934. Y luego, una serie de hechos más, que no servirían sino para dar mayor relieve a una vida llena de actividades nobles y constructivas.

Es así, señores, como hemos llegado hasta hoy en que nuevos y apreciables elementos siguen reforzando nuestras filas, y un soplo de optimismo anima nuestros corazones. El panorama actual hace pensar—y con mucha razón—que la vida, de la "Asociación Médica Hondureña" está asegurada para seguir luchando. Luchando ya no para su propio bien, lo que denunciaría una tendencia egoísta, sino para bien del país, dando todo lo que puede dar en aras de la asistencia social. Hemos contraído un compromiso con la niñez de Honduras y tenemos que cumplirlo, esa es nuestra más alta, aspiración; y esta oportunidad no puede ser más propicia para que yo anuncie aquí, que muy pronto va empezarse ese anhelo; dentro de breve plazo se dará principio a la cons-

tracción del primer edificio de la obra de protección infantil, cuya primera' piedra fue colocada ya, y en pro de la, cual hizo una brillante campaña de prensa nuestro recordado compañero el Dr. Salvador Paredes.

Tenemos, pues, abierto un nuevo frente de lucha, y tenemos también contraída una nueva responsabilidad. Mientras tanto queda inaugurada el día de hoy esta casa que, en toda su sencillez y en toda su modestia, algo nos dice de las luchas pasadas; adquiriendo así, para nosotros, el valor de un símbolo. Ojalá que ella sea —y por siempre— el nido del afecto, el habitáculo de la fraternidad.

Y nada más justo, señores, ante este feliz acontecimiento que celebremos hoy, avivar *le* llama del recuerdo de los quince compañeros que, habiendo rendido la jornada de la vida,- descansan ahora en la muerte: ¡Que los manes de Rubén Andino Aguilar, Alfredo Sagastume, Francisco A. Matute, Lorenzo Cervantes, Marco Antonio Rodríguez, Domingo Rosa, Virgilio Rodezno, Juan Jesús Casco, Cornelio Moneada, Francisco Sánchez U., Miguel Paz Baraona, Manuel L. Aguilar, Marco D. Morales, Pastor Gómez H. y Salvador Paredes, se acerquen más en este día hacía nosotros, pues que de ellos es también este triunfo y esta obra.

Toca a las nuevas generaciones médicas del país, llegar con amplio espíritu de superación a nuestras filas, a recoger esta herencia para enaltecerla y propulsarla cada día más; hasta que se llegue la época feliz en que, quizá, estando ya/ totalmente borrados del recuerdo, .por la pátina del tiempo, los nombres de nosotros' los de la vieja guardia, tengan ellas la dicha inmensa de ver realizada la obra en todo su esplendor, y de cosechar así frutos de mayor sazón y de más vastas proyecciones en el destino de Honduras.